

## Un cuento para Alfonso

Se llamaba Claudia. Una tormenta con nombre propio que, a pesar de ello, vino suave y tranquila sobre la isla. Lluvias y algo de viento, no demasiado, por lo que finalmente decidimos hacer esa visita tantas veces demorada.

El coche iba bien, despacio, con cuidado, por la carretera llena de curvas y por el túnel en el que, de pronto, entramos. Un túnel oscuro y largo, serpenteante, por lo que posiblemente estábamos rodeando la montaña. Empezaba a desesperarme cuando finalmente salimos a la luz. El túnel y el viaje habían merecido la pena: ante nosotros se abría un valle verde, con plataneras y algunas terrazas abandonadas, que llegaba hasta el mar. Me pregunté cuantas veces habría llegado hasta aquí de vivir en la zona, pero vivía lejos y aquello me resultaba tan desconocido como sorprendente.

Habíamos quedado con unos amigos, Alfonso Crujera y Amparo Cabrera. Amigos que no visitábamos desde hacía años, aunque habíamos coincidido en varias ocasiones, la última, sólo con Alfonso, en una preciosa y pequeña exposición de sus grabados en la galería sin título.

Algo me decía que esta iba a ser una tarde memorable, y así fue. Mientras entrábamos en la casa, que apenas podía recordar, tantos eran los años que habían pasado desde mi última visita, me sentí conmovida ante los recuerdos, ante la luz de la tarde, las nubes y el sol sobre el mar que se puede contemplar desde la casa. Una vista maravillosa, una tarde perfecta.

Alfonso quería mostrarnos su taller. Ahí, un inglés amable pero absorto en sus experimentos, nos saludó de pasada. Alfonso empezó a explicarnos con paciencia y detalle el sistema descubierto por él, las cubetas con agua y electrolitos, el papel especial y los metales para grabar sus dibujos y sus sueños. Era un lugar mágico, aislado del mundo, ausente del tiempo.

Después, una taza de café, una charla amable, y de nuevo la sorpresa: la pintura hecha magia o la magia hecha pintura, los grandes cuadros de *Sacred place*, el rincón de la música, Amparo en un sofá rojo. Hubo un momento en que sentí deseos de detener el tiempo, de volver atrás, con la conversación amable y los recuerdos de Juan Hernández, el amigo ausente. Y, finalmente, la noche, que llegó de improviso, como un fantasma.

Teníamos que volver a casa, el camino podía ser largo, nos despedimos en la puerta con la promesa de escribir un cuento y el regalo de una herramienta grabada con tinta azul.

Pero no contábamos con Claudia, la imprevisible Claudia, la tormenta que volvió de pronto. En el túnel apenas se notaba, pero al salir de él, me di cuenta de que estábamos en un lugar desconocido. A lo lejos, las luces me confundieron y creí que era la ciudad. Pero era otro lugar, un pueblo escondido que jamás había visto. Se rompió una rueda, la de atrás a la izquierda, y tuve que parar el coche. Me sentía inquieta, pero no asustada.

Al final del camino, la luz de una casa solitaria.

Busqué el gato y la rueda de repuesto: me maldije por no tener las cosas a mano y empecé a caminar. Y al llegar a la casa, antes de entrar, miré por la ventana. Una mujer, muy anciana, con el pelo blanco y grandes anillos en los dedos, colocaba con cuidado un cuadro, después otro, después otro más. No podía creer lo que estaba viendo. Ahí estaban los cuadros de Alfonso, desde el principio de su carrera: una tierra incógnita a vista de pájaro, círculos mágicos y espacios siderales, planetas y estrellas y herramientas de trabajo. Los cuadros se sucedían y la mujer los iba colocando, sin que el espacio que ocupaban se viera aumentado.

Claudia, la tormenta, me había llevado hasta ahí, pero no me sentía capaz de tocar la puerta, ni siquiera de hacer un solo ruido. Decidí volver al coche, ya empapada por la lluvia, y esperar a que pasara otro vehículo. Al volver, me di cuenta de que las cuatro ruedas estaban bien, que podía regresar conduciendo a casa.

Así fue.

Cuando por fin llegué, me di cuenta de que todo había sido un sueño.

Angeles Alemán

29 diciembre de 2025